

# Mi historia de vida

Daniel S. Asensio Sastre

Mis recuerdos tienen inicio en la plaza de un pueblito zamorano de labradores, frente a la casa donde nací. Mi abuelo materno juega conmigo. Es domingo, y los mozos del pueblo juegan a la pelota de mano. En el bar de la plaza se oye el murmullo de los parroquianos, que disfrutan su aperitivo o juegan a las cartas. Así transcurre el día en Santa Eulalia de Tábara, Partido de Alcañices, Diócesis de Astorga.

En la casa viven mis padres, Daniel y Catalina, y mi tío Sabino. Mi tío es soltero, y es el zapatero del pueblo. Tiene un ayudante que es mudo y que también vive con nosotros. Con los años tuve conocimiento de que el pobre falleció en la explosión de una caldera mientras destilaba aguardiente.

Mis padres se dedican a la labranza. Siembran trigo, cebada y centeno, y también algarrobas. Además tenemos viñas. El trabajo es duro, agotador. Sol y lluvia, frío y calor. Todo se sufre. Todo se aguanta.

Vino la Guerra, y a mi padre lo llevaron al frente. Al llegar al Puente La Estrella, y debido a una mala maniobra del chófer, el camión en el que viajaba volcó. Mi padre quedó aprisionado bajo la caja del camión. Un hierro le atravesó el tobillo deshaciéndoselo. De ahí lo llevaron al Hospital de Zamora, donde excelentes cirujanos y traumatólogos le recompusieron el tobillo de tal manera que no se le nota para nada que allí haya tenido semejante traumatismo. Actualmente camina perfectamente y sólo con el mal tiempo, a veces le incomoda. Esto ocasionó un revuelo en el pueblo. Era la visión de la primera víctima de la Guerra. En mi mente está aún grabado el momento que apareció en casa con la pierna enyesada y con muletas. Creo que todo el pueblo desfiló por casa ese día. Era una multitud que sigo viendo. Indudablemente, esto le salvó la vida. La convalecencia fue larga y él nunca volvió al frente. Digo que esto le salvó la vida, porque todos sabemos lo que pasó en el frente del

Guadarrama, con cantidad de muertos por ambos lados, en un frente que duró toda la Guerra.

En esos años, la Guerra, o la consecuencia de la Guerra, dominaba nuestras vidas. Los alimentos racionados, los horizontes estrechos, las esperanzas congeladas.

Las perspectivas para un agricultor no eran otras que no fueran el sudor en verano y el frío en invierno. Con ese panorama, la gente comienza a buscar otros horizontes, bien para sí, bien para sus hijos. Alemania, Francia... les ofrecen ilusiones de bienestar y conocimientos y el desafío de lo desconocido. Del otro lado del “charco”. América ejerce una muy fuerte atracción. Cuba, Méjico, el Río de la Plata... Ya nuestros mayores habían visitado esas tierras. Un día cualquiera, mi abuelo paterno, casado y con tres hijos, discutió con su padre, contaba la abuela que a la chita callada se embarcó para el Río de la Plata (linda manera de sacarse la “mufa” de arriba) dejando a la familia sola a su suerte. Pasaron los años sin dar señales de vida, hasta que un día, achacoso y enfermo, apareció en casa. Vino sólo a morir. Mi padre ya era un mocito. Ahora le tocaba el turno a él, y un día cualquiera, Don Daniel Asensio González, hijo de Antonio y Encarnación, tomó a su esposa Dña. Catalina Sastre Angelón y siguiendo las huellas paternas aterrizó en Buenos Aires. Allí vivía Carlos, hermano de mamá y varios parientes lejanos. En España quedamos mi hermana Encarnación, casada con José Suárez Castro, con su hijo Pepín de tan sólo un año de vida y yo. Sucesivamente y en corto espacio de tiempo vino José, después Encarna y Pepín y yo fui el último en arribar a estas tierras en el año 1959 en un cálido día de enero, pero no para Buenos Aires, sino para Montevideo, una hermosa ciudad balnearia capital del Uruguay y que se comentaba que tenía muchas raíces españolas hasta el punto de que parecía una ciudad española de tantas.

¿Por qué para Montevideo y no para Buenos Aires? Eran los años 50, y gobernaba Argentina el Sr. Domingo Perón. Perón había promulgado una Ley que impedía girar dinero a España y reclamar a los hijos. Ni cortos ni perezosos cruzaron el charco, y se radicaron en Montevideo.

En Zamora quedaron los recuerdos del tiempo vivido, mientras tramitaba la documentación que me permitiría unirme a mi familia. Mi abuela materna, Dña. Luisa, se había jubilado y compró una casa en la calle Del Santo Nº. 1. También mi tío materno, Sabino, se había mudado a Zamora y tenía un taller de zapatería en una esquina de la Plaza Viriato.

Cómo olvidar los paseos por Santa Clara después de las 19 horas... o las reuniones con los amigos los domingos después de la Misa de las once, con quienes, arrancando de la iglesia que estaba frente a la esquina de la zapatería, íbamos recorriendo los bares hacia Tres Cruces. En cada uno de ellos degus-

tábamos las riquísimas “tapas” tradicionales, junto al no menos tradicional “chato”. Pagaba el que perdía los dados.

Los Juicios orales y públicos nos reunían en las tardes de ocio o el interminable ir y venir por Santa Clara. Quedan prendidas en mi nostalgia la Semana Santa, con sus hermosísimos Pasos y emocionantes procesiones; la fiesta de San Pedro, con su tradición, que desbordaba de alegría; y la pesca en el Duero, con la cabeza bajo el agua, o la pesca de la anguila en el Valderaduey. Todo se perdió en el tiempo, pero no en el recuerdo. Todo ello forma las raíces que me sujetan a mi “terruño”.

En Uruguay encontré el complemento a mi vida. Gente fraterna que te recibía como uno más. Nunca me sentí un extraño.

La Universidad del Trabajo del Uruguay me dio la formación y el lugar para ganarme la vida. En ella trabajé y conocí a mi esposa, Clara, la que me dio no sólo la vida, sino otra vida más, que es nuestra hija Alicia.

En la Universidad me jubilé como Jefe de Locomoción y Talleres en el año 2000, después de 40 años en los que realicé las más diversas tareas administrativas desde el primer lugar del Escalafón administrativo.

Creo haber cumplido con el destino que Dios me encomendó. Amo a esta tierra y a su gente que forman, junto con mi tierra zamorana, los dos pilares, las dos raíces que me sostienen y me alimentan. En los dos lugares están mi corazón y mi mente. A los dos los amo.